

## EPILOGO

Investigadores jóvenes de los 60 e investigadores jóvenes de los 90:  
¿a dónde va la diferencia?\*

Gabriel Salazar  
SUR Profesionales

Dada la impresionante cantidad de ideas, hipótesis y hallazgos que en este seminario se han vertido, no es posible asentar conclusiones sistemáticas, sino solamente algunas impresiones y réplicas espontáneas que, tal vez, puedan ser de interés. Una primera impresión de la cual cabría dejar constancia es el agrado con que he escuchado no sólo las nueve exposiciones de hoy, sino también las que otros investigadores jóvenes expusieron aquí mismo el año pasado. Han sido dos enriquecedoras experiencias, dada la refrescante combinación de metodologías nuevas, preguntas renovadoras y originales formas de producción cognitiva que la nueva generación de investigadores, casi para nuestro goce, tiende a desplegar en la actualidad. Todo ello le deja no poca huella. Pero es importante agregar que también tuve la suerte de escuchar o leer a investigadores e intelectuales que plantearon el problema de la pobreza a fines de los 60 y comienzos de los 70. Investigadores que eran jóvenes por entonces y que ahora... bueno, no lo son tanto. De modo que al escuchar los planteamientos de los jóvenes de hoy, no pude menos que sentir las diferencias –no poco significativas– que hay entre éstos, y los que nosotros formulamos en aquel tiempo. Es una diferencia, creo, que no sólo es preciso señalar, sino también trabajar, concentrándose en los niveles donde ella puede observarse. Pues hay problemas técnicos que se resuelven de diferente forma, cambios metodológicos y *loci* epistemológicos distintos. Es importante dar cuenta de todo eso; entre otras razones, para responder a la pregunta que se formularon aquí mismo los jóvenes que investigaron a los "pescadores de Quintay", en el sentido de si había una relación de continuidad entre el proyecto de investigación que realizaron ellos y el *corpus* científico acumulado sobre ese tema desde la tradición, descubriendo que no había tal continuidad. Que ese *corpus* tradicional no les fue de utilidad. Que no calzó ni con la especificidad de su tema ni con la diferencia de su enfoque. Si ellos constataron eso, entonces uno se pregunta: ¿hay entre ellos y nosotros una relación de discontinuidad? ¿Estamos en presencia de una virtual 'ruptura epistemológica'? ¿O se trata sólo de diferencias teoréticas de matiz? ¿O es que, bajo la apariencia de ruptura, reptan distintas continuidades? Yo, personalmente, pienso que la ruptura, si existe, no es abismal. Que subsisten ciertas continuidades junto con ciertas discontinuidades, y que sería bueno dar cuenta de todas ellas. Es posible, con suficiente tiempo, determinar específicamente los distintos niveles en que estas diferencias, rupturas y/o continuidades se dan; pero no lo tenemos. De todos modos, parece necesario referirse a ello, aunque sólo sea por la vía de esbozar el problema en su globalidad. ¿Por qué tan necesario? Porque así como el otro paradigma –el de los jóvenes de los 60– fracasó, no alcanzando al menos lo que se perseguía con él; así como ha sido criticado, devaluado y aun enterrado por muchos de los que lo practicaron;

---

\* Intervención de cierre del Seminario sobre trabajos realizados en el Programa de Investigadores Jóvenes, Santiago, SUR, 1995.

así también es posible retomar el sentido de esas críticas y aplicarlas al actual paradigma emergente (si es que lo que tienden a plantear los jóvenes hoy es un paradigma emergente). Cabe, por una creciente exigencia de 'eficacia', hacer algunas preguntas de rutina. Por ejemplo: ¿cuál es y cómo es la base de datos que se utiliza hoy, en comparación a la de hace treinta años? O bien: ¿cómo se resuelve aquí el problema de la construcción teórica o política, o cómo se totaliza la mirada crítica? Y también: ¿a quién se dirige o dónde se 'invierten' los productos de la investigación intelectual? Por último: ¿con arreglo a qué paradigmas dominantes o recesivos de conocimiento están los jóvenes organizando su trabajo intelectual? Fueron estas preguntas –junto a otras– las que se formularon para evaluar la 'eficacia' del viejo paradigma de los 60, y son las mismas que, por anticipado, podemos hacer al emergente paradigma de los 90. Las condiciones históricas y epistemológicas que determinan el éxito o el fracaso de la producción intelectual no son, al parecer, demasiado diferentes.

De cualquier modo, hay una diferencia que insisto en remarcar. Y es que, en mi impresión, produce una satisfacción intelectual y vital mayor escuchar las propuestas de los jóvenes de hoy, que haber escuchado las densas, abstractas y ambiciosas propuestas de los muchachos de los 60; pese a que entonces se trataba de ver en la pobreza su 'proyección revolucionaria', mientras hoy apenas se 'focaliza' su posible reducción aritmética.

¿Dónde está la diferencia? ¿Cuál es el *plus* que produce este agrado diferencial? ¿Y cuál es el potencial histórico de ese *plus*?

En segundo lugar, creo que es de interés preguntarse por cuál es el elemento más común de las investigaciones expuestas hoy, con referencia al elemento común de las investigaciones típicas de los 60. En mi opinión, ese elemento común consiste en que la abrumadora mayoría de los investigadores jóvenes de hoy han recurrido, como a su fuente principal de información y constitución de datos, a *la gente misma*. A los pobres mismos. Recogiendo, por tanto, por doquier, su testimonio, sus recuerdos, su saber y su 'habla'. En este sentido, hay una importante diferencia con los jóvenes de los 60, que utilizaron, como base principal, la estadística nacional y el pensamiento de los autores clásicos. En cambio, pudimos constatar hoy que, salvo dos, todas las investigaciones fueron realizadas sobre la base de entrevistas en profundidad, grupos de discusión o *focus groups*; o sea, técnicas cualitativas para recoger, casi siempre literalmente, testimonios directos. Es tan evidente esto que uno no puede menos que sorprenderse ante la ausencia de documentos y fuentes escritas de información, lo que también marca una gran diferencia con nuestro tiempo, ya que entonces el conocimiento sólo era tal en tanto estaba escrito en todas sus fases. Hoy, en cambio, hemos observado un notorio esfuerzo por centrar la investigación, tanto en su fase epistemológica como heurística y metodológica, en una suerte de 'oralidad'; o, si se prefiere, sobre una suerte de 'socialidad' primaria. Esto es muy significativo. Sobre todo porque esta opción permite, por lo menos, que los que no han tenido nunca voz teórica sean escuchados en su lengua y en su habla 'en' el mundo teórico. Y esto, repito, es significativo.

De todos modos, es preciso llamar la atención acerca del no uso de documentación escrita, como también de la escasa consideración que se ha otorgado a 'las cosas' que habitualmente rodean y definen a los sujetos cuyos testimonios se recogen. Porque hay que recordar que, así como la memoria está llena de recuerdos, el espacio social está lleno de cosas y trayectos, pero hoy no nos han mostrado la 'cartografía de las cosas'; excepto, quizá, en la investigación sobre cómo se articula el espacio privado en una vivienda básica. Falta, pues, resolver el problema de cómo se enlazan y se enredan, dinámicamente, en el mundo de los pobres, las redes orales con las

del espacio social, y las del ámbito privado con las del llamado espacio público. Nada de esto, por supuesto, apareció tampoco en el paradigma de los 60.

En tercer lugar, creo que es de interés referirse a la forma utilizada por los jóvenes de los 90 para tratar interpretativa o hermenéuticamente el material testimonial recogido. Lo hemos dicho: ellos han sido consecuentes en cuanto a centralizar la gente para resolver sus problemas epistemológicos, heurísticos y metodológicos; es decir, en el proceso de constitución de sus datos. Pero es interesante observar que, llegado el momento de la interpretación y sistematización, la mayoría ha hecho un giro inconsecuente, por el cual abandonaron a la gente para centralizar en cambio el viejo (o nuevo) *corpus* teórico de la ciencia como ciencia.

Lo anterior, por supuesto, da para un largo análisis y una larga discusión. Pues, ¿qué es lo que la mayoría de los investigadores jóvenes hizo con su base de datos? Esto: semi-traducir los contenidos del 'habla' popular a las claves vigentes del discurso académico. Hay una transposición de un 'habla' a un 'discurso'; o un intento por entretrejerlos, por hacer comprensible el uno en el otro; o resonar lo que dice uno en el megáfono semántico del otro. De cualquier modo, el ejercicio ha trazado un movimiento unidireccional (del habla al discurso) que, como toda traducción, no tiene retorno, y nos clava, por tanto, en la dirección de ese movimiento. Pues todas las investigaciones hoy expuestas han dado especial relevancia a lo que han llamado "marco teórico", y este marco teórico está construido sobre la base de una documentación escrita (que, por añadidura, es casi siempre importada del extranjero). Así, junto a los semi-balbuceantes pobres locales, emergen, en un mismo plano, una serie de brillantes teóricos internacionales. En este sentido, la tendencia de los jóvenes de los 90 a yuxtaponer un marco teórico extraño sobre la masa testimonial de datos localmente recogidos, revela una evidente continuidad con la práctica teórica de los jóvenes de los 60. No hay ruptura.

Es cierto que el *corpus* teórico constituido por las reflexiones de Bourdieu y compañía es distinto al que utilizábamos en nuestro tiempo: el nuestro estaba cohesionado en torno a gruesos proyectos históricos o políticos de transformación estructural del capitalismo, respecto de los cuales a nadie le cabía duda; el de los filósofos actuales, en cambio, por más atractivos que resulten, no están integrados a proyectos de esa envergadura, y yo, al menos, no estoy seguro de si las tesis de Bourdieu o Foucault comportan con claridad, siquiera, proyecciones convincentes para la acción. O para el desenvolvimiento efectivo del poder social. Mi impresión es que todos ellos son básicamente filósofos, por añadidura geniales, pero finalmente críticos contemplativos de lo que la modernidad liberal está perpetrando con todos. ¿Cómo, en consecuencia, pueden sentirlos los pobres chilenos como un eco de su propia 'habla' y de sus propias estrategias de sobrevivencia y de acción re-proyectiva?

En suma, al momento de la hermenéutica, los jóvenes de los 90, al igual que los del 60, echaron mano del *corpus* teórico central de la ciencia (en este caso, de la filosofía); es decir: de los 'discursos' preconstituidos en el espacio (¿o mercado intelectual?) global. En este aspecto, no construyeron discurso a partir del 'habla' que recogieron localmente, sino que, más bien, en el momento crucial

---

\* Los trabajos realizados en el contexto del Programa de Becas para Investigadores Jóvenes de investigación de los jóvenes fueron editados para su publicación en este número de *Proposiciones*; en este proceso, y fundamentalmente por razones de espacio, se ha dejado fuera gran parte de las secciones referentes a "marcos teóricos". (Nota de la E.)

de la sistematización, optaron, y no poco, por acallar a sus propios entrevistados. La cuarta impresión tiene que ver con el problema mismo del 'habla' popular. Yo creo que Eduardo Valenzuela tiene algo de razón cuando dice, siguiendo en alguna medida a Alain Touraine, que no podemos hablar de "discurso de los pobres", o "discurso de la droga" o "discurso de aprendizaje de los pescadores", simplemente porque los pobres no tienen discurso. Porque no debe confundirse, además, 'habla' con 'discurso'. Discurso es una construcción verbal de sentidos, caracterizado por una articulación secuencial de proposiciones lógicamente relacionadas entre sí de un modo riguroso; que, por el requisito de rigor que comporta, necesita imperiosamente adoptar una forma escrita. No cabe esperar de los pobres una construcción semejante. Para Valenzuela eso es así porque los pobres no tienen ni podrán tener jamás esa racionalidad discursiva, razón por la que no pueden ni deben participar en la racionalidad decisional del poder. En ésta, según él, deben ser, si no sustituidos, al menos representados. Nuestra diferencia con este planteamiento radical es que, si bien no cabe esperar de los pobres—dado el carácter de su existencia histórica—una propensión normal a la construcción de 'racionalidades discursivas según modelo escrito', sí cabe esperar de ellos una racionalidad discursiva que se dé entretendida entre la oralidad, la acción vital y el proceso real, con respecto a la cual el 'habla' es una manifestación fragmentaria, implicativa y esporádica. La teorización de los testimonios populares no tiene, pues, que, necesariamente, ser remitida a una discursividad exterior y por añadidura perfeccionadamente escrita, sino a la totalidad interna de sus 'componentes históricos'. Lo cual puede realizarse, por ejemplo, explayando la organicidad del 'habla' a partir de sus componentes accionales y procesales. Es muy interesante, en este sentido, la investigación de Mauricio Sepúlveda, Cristián Pérez y Alvaro Gaínza sobre "los pastabaseros". Según ellos dijeron, el 'habla' de los pastabaseros refleja muy escasa y pobremente lo que, en el fondo, es el dramático proceso de consumo de drogas. Como que ese 'habla' es sólo lo que sale a flote, la punta de iceberg de la experiencia popular. Hay allí, más abajo de esa línea de flotación, un *de-curso* de realidad, a la cual de hecho pertenece, por acción y significación dialécticas, el 'habla'. Lo que para nuestro ámbito académico es 'discurso', para el mundo popular es 'decurso', factualidad. Este decurso factual que, por cierto, es de una gran riqueza y maleabilidad, quedará siempre débilmente traducido a una más bien rígida discursividad escrita. Queda mejor traducido a lo que podría llamarse 'paradigma del saber popular', que, como se sabe, es de difícil inscripción, tanto, que incluso el 'habla', que forma parte orgánica de él, nunca logra expresarlo por completo. Al respecto, es sugestivo lo que señalan Mauricio, Cristián y Alvaro respecto a que, en la experiencia de los pastabaseros, es preciso separar el "momento del goce" del "momento de la angustia", y ambos del "ciclo completo". El momento del goce, por ejemplo, implica una suerte de escape de este mundo, una especie de éxtasis (o metástasis, si se prefiere), como "el aleph" de Borges, donde el tiempo, anulando el antes y el después, se hunde en un hoyo negro donde el alfa se une al omega, concentrando todas las energías de la identidad y todos los puntos del espacio en un punto infinito buscado hacia dentro. Momento que, sin duda alguna, habría que estudiar mejor, porque implica una hiper-concentración del ser y un polo culminante del saber, que opaca todo lo demás. Repito: esto debería estudiarse mejor, porque, aunque artificialmente construido, es un polo referencial, de reequilibrio, para una existencia de otro modo empobrecida. Y es igualmente importante, con relación a ese polo, lo implicado en el "momento de la angustia". Porque dentro de esa angustia hay un gasto casi racional de energía conectado con ese polo, dado que los pastabaseros, en esta fase, necesitan realizar un 'trabajo social' con arreglo

a ciertos fines. Pues tienen que recolectar fondos, buscar la pasta, negociar con distintos sujetos, buscar información; en suma: construir una red relacional e instrumental apropiada. Hay una suerte de economía, sociología y política implicadas en el momento de la angustia; una organización instrumental de recursos y de actores, un proceso a lo largo del cual se alinean innumerables conversaciones, discusiones, interacciones, enfrentamientos, soledades, ostracismos, violencias, etc. Todo lo cual constituye experiencia y saber, un aprendizaje y ejercicio práctico no poco importante que se suma e integra, de algún modo, a la experiencia anterior (y futura) del "goce", *rivalizando con ésta*. Los pesos específicos de esas dos experiencias son diferentes y cambiantes. Y el saber global del pastabasero evoluciona en el sentido del peso que, a la larga, predomina. Por eso hay aquí un proceso subyacente, un ciclo decursivo y un saber acumulativo. Y es, al parecer, la acumulación de este último lo que determina que el pastabasero, en un momento determinado, decida por sí mismo buscar una salida al ciclo. Y esto no es resultado de su pura 'habla' o de algún terapéutico 'discurso' externo, sino del saber popular acumulado por el decurso conjunto del mismo pastabasero. Por ello, la terapia exterior sólo tendrá éxito si coincide con la evolución decursiva del 'saber popular'. El peso de su pura autoridad o de su puro poder no bastan. No prevalecen de por sí (no hay que tomar a Foucault al pie de la letra). Pienso, en definitiva, que cabría construir conocimiento o 'teoría' a partir del mismo hablar popular, sin necesidad de rebotarlo a discursos externos. Los resultados prácticos, tal vez, podrían así ser más verdaderos y menos estadísticos. Y, por tanto, realmente más eficientes... para los pobres, por supuesto. La quinta impresión arranca también del hecho de que el recurso al testimonio directo de los pobres, como cantera mayor para constituir el dato, aparece en casi todos los trabajos expuestos hoy. Y es notable que este dato, una vez constituido, se deje en situación de *disponibilidad*. No se trabaja más allá del límite de su disponibilidad. Porque su entretrejimiento con la filosofía internacional vigente hoy no es trabajarlo más allá de ese límite, sino, todavía, dentro de él. Se observa que muchos trabajos giran en torno a la idea de "representación social", como si el proceso de producción de conocimiento se agotara en la reproducción escrita de esa supuesta representación (que es recogida oralmente). Como si el deber del investigador llegara sólo hasta el momento en que pueda ofrecer, como resultado de su trabajo, una representación cristalizada, estática, tipologizada en el mejor de los casos. Como si fuera posible, además de perentorio, entregar un 'producto final'. Como si el conocimiento se realizara en su mera oferta. En los trabajos expuestos hoy no ha habido preocupación por lo que hay más allá del límite de disponibilidad y oferta. Y en esto hay otra coincidencia con los jóvenes de los 60, que producían teoría dialogando con la teoría misma, para, al final de ello, dejar la teoría resultante en situación de disponibilidad, como si su uso y eficacia dependiera en última instancia del mercado ideológico o político y del consumo privado. Como si más allá de la oferta ya no hubiera responsabilidad científica ni necesidades sociales o históricas de verdad, rigorosidad y eficiencia. Ahora la información no se desprende de la teoría sino de la gente en la calle, pero su sistematización se realiza dialogando brillantemente con la teoría pura. Y entonces uno se pregunta: ¿dónde va después este conocimiento? ¿Para quién ha quedado disponible? ¿Cuál será el grado histórico de su consumo? Hoy, cuando se dice que todo conocimiento habla desde un *locus* específico y se dirige a otro *locus* específico, ¿cuál es aquí el uno y cuál es el otro? ¿El uno es un joven investigador que necesita evaluaciones positivas y puntos en su currículo, y el otro es SUR Profesionales Consultores, que convoca a un concurso y da una oportunidad? ¿Son investigaciones cuyo producto, se espera,

vaya a incidir en los centros decisionales donde se diseñan y aplican las políticas sociales de este país? ¿O es que se trata —como alguien planteó aquí— de alimentar el *corpus* científico central, para que éste se actualice y actualice todo lo demás? Cuarta posibilidad: ¿qué tal si el otro *locus* sean los pobladores mismos, para su propia potenciación y desarrollo?

En mi opinión, la pregunta por lo que está más allá de la disponibilidad del dato, ni se planteó, ni se respondió. En este sentido, hay una significativa diferencia entre el paradigma que se configura en estas investigaciones (detenidas en la oferta), y el que practican las diferentes consultoras que operan en este país, que se organizan frente a licitaciones públicas, donde se indica exactamente, desde la partida, el para qué y el para quién del saber que se quiere construir. Las consultoras están directamente volcadas a producir un saber de impacto. Impacto que se evalúa. En las investigaciones expuestas hoy el problema del impacto no se plantea. Yo no digo que el paradigma consultorial, que trabaja para producir impactos localizados y microscópicos, sea el mejor; sólo digo que hoy ese aspecto no ha sido incluido, por lo que la semejanza con el viejo paradigma romo de los 60 es, todavía, mayor.

Mi última y más general impresión es que me parece tan diferente lo que están haciendo estos jóvenes con respecto al pasado, y en tal cantidad y calidad, que, según siento, están en un umbral de desarrollo sostenido (a diferencia de nuestra producción, que en todo momento se autopercibió en culminación, como puro presente). Y este umbral, sin embargo, no está definido por el recurso a la filosofía en boga, sino por el recurso a la gente, que lo caracteriza y tipifica. Los jóvenes de hoy están realizando un avance neto en la línea del 'saber de la gente', del saber popular o de la experiencia social. Creo, en definitiva, que todas estas investigaciones están en el umbral de desarrollo del paradigma cognitivo de la gente, contribuyendo a su potenciación, y también, por este mismo camino, a la resolución del actual conflicto de paradigmas. Porque, a decir verdad, estamos viviendo un conflicto de paradigmas, donde operan en tensión, por un lado, el paradigma consultorial, al que le interesa, por sobre todo, la performatividad y eficacia del saber, la satisfacción de una demanda dispuesta a pagar por ello. Por otro, se tensa el paradigma académico, que sigue de algún modo girando en torno a los viejos '*corpus* científicos', mientras por su retaguardia se le conmina perentoriamente a amoldarse a rígidos encuadres neoliberales de auto-financiamiento; todo esto a espaldas de un Estado que ya no es ni su protector ni su gran cliente. Y, por otro lado, el paradigma cognitivo del Estado mismo, que mantiene su viejo carácter preceptorial; donde el saber se ata a normas; donde las normas, simplemente, rigen, y nadie exige ni nadie da cuenta de cómo se constituye el saber que las funda y avala (nadie le exige una explicación metodológica a un diputado, por ejemplo, para que demuestre la solidez del conocimiento que respalda sus opiniones y decisiones). Este saber, más basado en la credibilidad pública que en la verdad metodológicamente establecida, es un saber que está en deterioro, en decadencia. Y por último, acaso menos tensionado colateralmente, pero con una gigantesca tarea por delante, está el 'saber de la gente', que pugna por emerger y autonomizarse de los otros paradigmas.

Pienso que estamos en presencia de un conflicto latente, solapado pero significativo, entre distintos paradigmas del saber. La vieja unidad cognitiva —de la que nosotros creímos beneficiarnos— está hoy resquebrajada. Me parece que las investigaciones expuestas por los jóvenes hoy, tienen, por ello, una base de apoyo en un paradigma, otra en otro, y otra en el otro... sin resolver el intríngulis, o sin planteárselo. Pero sí están en el umbral para resolverlo. Y esto es, en sí, estimulante, provocador. Están en una posición de salida, no de

encierro; es decir, en una posición de optimismo. Por ello, si SUR Profesionales hubiera incluido en su convocatoria al concurso (y esto no es una crítica, sino una propuesta) una cláusula que dijera: "es necesario que el proyecto incluya una proyección en el sentido de su reinversión en el mismo espacio local y en la misma gente a partir de la cual se constituyan los datos", probablemente los resultados obtenidos habrían sido tan buenos como los logrados, pero, también, habrían sido más directamente potenciadores...